

FR. JOSÉ TODOLÍ, O. P.

LA MORAL EN SENECA

Plantearse el problema de la moral en Séneca es, en definitiva, plantearse el problema total de la filosofía senequista. Porque Séneca es, ni más ni menos, un moralista.

Más aún: puesto que la filosofía senequista carece de una auténtica y firme metafísica, la ética de Séneca carece de sistema, por lo cual, mejor aún que moralista, pudiera llamarse moralizador. Séneca sería un educador, un maestro, que, sin importarle mucho las últimas razones de sus preceptos morales, trata de formar un ideal de hombre que él se ha forjado y cuyas características tendremos que analizar oportunamente.

Es cierto que si alguna cosa ha intentado Séneca en orden a la filosofía ha sido precisamente esto: crear un sistema orgánico de moral. Pero ni sus vacilantes ideas metafísicas ni su desprecio por la lógica le han permitido lograrlo.

Pero su talante moralizador, su idea del hombre, de la virtud, del valor de la dignidad humana, lo colocan a tal altura que su figura sólo tiene un paralelo en el paganismo, y ése es Sócrates.

Pero si, como temple de vida, es «el Sócrates cordobés», su moral se orienta por derroteros muy distintos a los de Sócrates. Por lo cual se hace todavía más interesante su estudio.

Es curioso —pese a la opinión de Américo Castro— que en Séneca aparezcan ya perfectamente dibujadas las notas del pensamiento español, sentido de trascendencia, individualismo, preocupación de la muerte, despreocupación del tiempo, etc., cuando éste no navega en naves extrañas o no se universaliza tanto que pierda el temple vital de la españolidad¹.

Todos estos pensamientos son el eje de lo que voy a exponer a continuación.

1.^o Hablar de la moral en Séneca es hablar, sin más, de la filosofía senequista, porque Séneca, en definitiva, *no es más que un moralista*. *El mismo nos lo dice* en una de sus cartas a Lucilio:

¹ Esta idea ha sido defendida por CASTRO, AMÉRICO, *La realidad histórica de España* (apéndice I), Porrúa (Méjico), 1954, últimamente negada por los historiadores modernos.

«La cuestión acerca de la cual me consultabas iba comprendida en el desarrollo de mi obra. Porque ya sabes que yo quiero componer una filosofía moral completa y explanar todos los puntos que se relacionaban con ella. Así anduve perplejo si defendería la respuesta hasta que tocase su turno a esta cuestión o si contestaría a tu consulta fuera de su orden.»²

En la Ep. CVIII insiste sobre este mismo pensamiento suyo:

«Se advierte en ti cierta falta de paciencia para esperar los libros que a toda prisa voy componiendo, los cuales van a contener toda la parte de la filosofía moral.»

Pero no es sola la intención de Séneca la que nos induce a este aserto. *Es su mismo concepto de la filosofía la que lo confirma.* El mismo nos va a definir no tanto qué sea la filosofía, cuanto qué es su filosofía. Dice así:

«La filosofía no es un señuelo para deslumbrar al pueblo, ni es propia para la ostentación; no consiste en palabras, sino en obras. No tiene tampoco por objeto pasar el día con un apacible entretenimiento para quitar la náusea de la ociosidad; ella forma y modela el alma, ordena la vida, gobierna los actos, muestra lo que debe hacerse y lo que debe omitirse, está sentada al timón y dirige la ruta entre las dudas y las fluctuaciones de la vida.»³

Estas ideas se repiten muchas veces en Séneca: «*Facere docet Philosophia, non dicere.*»⁴ «*Non in verbis, sed in rebus est philosophia, animum format et fabricat, vitam disponit, actiones regit.*»⁵ «*Philosophia bonum consilium est.*»⁶

No es que la filosofía sea por su naturaleza una actividad ética. También lo es. Pero lo que afirma Séneca es que el conocimiento que da la filosofía (la sabiduría) es luz que ilumina el camino de la virtud y que, de no ser así, para nada sirve. De aquí que la forma suprema de la filosofía sea la vida virtuosa, y, si aun esto no fuera suficiente, añadiría que todas sus obras, hasta las *Quaestiones Naturales*, presentan en todo una inquietud ética⁷.

Hasta tal punto llega a dominar en él este talante moralizador, que su pluma se empapa en él y su estilo mismo es moralizante. Muñoz-Alonso, recogiendo aquella hermosa frase de Séneca en la Ep. 75: «Todo mi propósito se reduce a decir lo que

² Ep. CVI, 2.

³ Ep. XVI, 3-4.

⁴ Ep. XX, 2.

⁵ Ep. XVI, 3.

⁶ Ep. LXXXVIII. Cfr. Ep. LXXXIX, XC dedicadas al estudio y división de filosofía; BADSTUEBNER, A., *Beiträge zur Erklärung und Kritik der philosophischen Schriften Senecas*, Hamburg, 1901; GONZÁLEZ HABA, M. J., *Filosofía y Ciencia en Séneca*, en «Actas del Congreso Internacional de Filosofía», Barcelona, 1948, vol. III, pp. 387-404; ARTIGAS, JOSÉ, *Séneca. La Filosofía como forjación del hombre*, Madrid, C. S. I. C., 1952.

⁷ Cfr. GARCÍA-BORRÓN, J. C., *Séneca y los Estoicos*, pp. 81 y ss.

siento y a sentir lo que digo, y que la palabra esté de acuerdo con la vida», escribe: «Séneca es un moralista de pluma entera, incluso en sus tragedias. La moral mueve su ánimo y su pluma, y la moral conforma su estilo. Su estilo es ya, en su expresividad y tajancia, moralista. Y desde esa perspectiva moral hay que valorar sus virtudes estilísticas. Sus frases son secas descargas literarias, sabiamente preparadas para producir una explosión moral en el lector. Por eso tienen siempre un destinatario. Los nombres de los destinatarios salvan el estilo y permiten el empleo de frases directas, sentenciosas y conminatorias. A veces, suavemente agresivas, como corresponde al propósito del autor al formarlas.»⁸

Claro está que esta preocupación central moralizadora de Séneca no le impide, más bien le exige con demasiada frecuencia, prestar atención a otras cuestiones filosóficas de carácter cosmológico y teológico, metafísicas, en definitiva.

Pronto vuelve, sin embargo, a su cauce, sea por la poca fe que tiene en las soluciones que aquéllas le ofrecen, sea porque las considera innecesarias. Como a Sócrates, el mundo cosmológico —y a pesar del medio estoico en que se encuentra situado— le preocupa poco, y la lógica y la metafísica le ofrecen pocas garantías. De ahí su moral como refugio, tan escuetamente expresada en aquella frase suya: «Importa más que nuestras almas se hagan más fuertes que doctas.»

2.º *Pero el sujeto de la moral es el hombre.* Por lo que el problema de Séneca es el problema del hombre.

Es importante constatar el hecho de que mientras el ambiente sociológico y cultural en que Séneca se mueve —el estoicismo— tiene como característica el universalismo, la identificación de todos en la naturaleza y en el logos, Séneca tenga como *leit motiv* de toda su obra el valor personal, el pragmatismo de lo individual. Su sentido agónico de la vida, pero no de la vida del hombre, sino de cada hombre, de sí mismo.

Su fuerte personalidad le hace convertir su problema en «el problema de la filosofía» y en él contra su quehacer filosófico.

Séneca, sin la fuerza lógica de Kant⁹, pero con un fuerte sentido de la realidad, ha distinguido, como él, tres órdenes en la ciencia:

- El de la dialéctica (mundo de la metafísica y de la lógica).
- El de la física (mundo cosmológico).
- El de la libertad (el mundo de la moral).

Séneca no tiene gran devoción por la lógica aplicada a las cosas humanas. «Una y otra vez critica ampliamente el recurso a la argumentación por vía dialéctica en pro de verdades que afecten a la vida del hombre; a ningún soldado empuja al heroísmo un silogismo»¹⁰, y a pesar del medio estoico en que él mismo se sitúa, y a

⁸ *El Libro Español*, junio 1965, p. 304.

⁹ Cfr. JACKSON, W. T., *Seneca and Kant, or an Exposition of Stoic and Rationalistic Ethics*, Dayton (Ohio), 1881.

¹⁰ GARCÍA BORRÓN, ob. cit., p. 33.

pesar de la devoción de los maestros del estoicismo por la lógica, Séneca más bien se burla de ellos en este aspecto, sobre todo de las *ineptiae* (estupideces) con las que Crisipo llena sus libros.

Como Kant, no cree demasiado en la metafísica. Esas verdades últimas son tan elevadas que la razón humana no las alcanza. Su posición frente a ella (frente a la metafísica) es la de un escéptico. Cuando se las plantea desde su razón pura, con la frialdad de un filósofo, duda de ellas: espiritualidad del alma, inmortalidad, libertad, Dios, hado, son problemas que metafísicamente le rebasan. «Decide tú mismo —escribe a Lucilio— cuál es la mejor solución o, lo que es más fácil en estas materias, niega que te sea evidente.»¹¹

Me parece perfectamente acertada la posición de García Borrón, compartida asimismo por Salvador Cuesta¹²: «La dialéctica —para Séneca— es una falta de sobriedad, una distracción culpable. En cuanto a la metafísica, el hecho decisivo es que Séneca no cuenta con una dogmática que le sirva de seguro apoyo. No puede derivar su moral de una metafísica porque *no tiene mayor fe en las conclusiones de ésta que en la conciencia del deber eterno*. Un pensamiento metafísico (que por lo demás puede ser cualquiera, pitagórico, platónico, estoico, epicúreo) puede ser llamado en cualquier pasaje de la doctrina ética *como ayuda de hecho, pero no como fundamento de derecho*. La metafísica acompaña a la ética; no le sirve de origen ni tal cosa se pretende.»¹³

Tenemos así que la ética de Séneca no se identifica, ni siquiera se fundamenta en ese mundo de la dialéctica de que en su día hablaría Kant.

Lo mismo ocurre si planteamos el problema frente al otro sector: el del mundo cosmológico.

Sabido es que el estoicismo materialista subsume toda la realidad en un todo regido por la ley de Logos, ley infalible a la cual, *velis nolis*, todo ser y toda actividad se ajusta. La única libertad que cabe al hombre es aceptar, de buena o mala gana, esa ley que todo lo determina. Esto hace que en el estoicismo el hombre, como todo ser, quede inscrito en el orden cosmológico.

¿Ocurre esto en Séneca?

Nada más opuesto a la mente del filósofo cordobés. Su yo humano y singular vibra de tal forma en toda su obra, que es imposible una subsumción de lo humano en lo cósmico¹⁴. Es más bien la naturaleza la que es elevada y honrada con el ser del hombre y nunca viceversa. Marco Aurelio había dicho: «Deshonra al hombre el hacerse como excrescencia del cosmos.» Séneca dice: «Nada tan deshonoroso al hombre como tener que avergonzarse de sí mismo.» Nada hay en lo creado comparable en dignidad al hombre. Todos los bienes materiales son deleznable no en sí, sino en

¹¹ Cfr. ANDRÉ DE BOVIS, *La sagesse de Sénèque* (coll. «Théologie» 13), París, Aubier, 1948, p. 231.

¹² *El equilibrio pasional en la doctrina estoica y en San Agustín*, Madrid, 1945, páginas XXVII-295.

¹³ Ob. cit., p. 250.

¹⁴ Esta idea ha sido estudiada por J. MOREAU en su obra *L'âme du monde de Platon aux Stoïciens*, París, 1939.

comparación con esa cosa sagrada que es el hombre¹⁵. Y toda la grandeza de éste consiste en eso: en saber ser hombre, en obrar en todo como hombre.

Esa obediencia, «cosmológica» del estoicismo, no se encuentra en Séneca. Es más, a veces se encuentra la manifiesta rebeldía. Por ejemplo, cuando en el *De Tranquillitate animi* escribe:

«Si nos llamara la Naturaleza, de la que recibimos el primer préstamo, le diremos: Toma mi alma mejor que como tú me la diste; no intento esconderme ni huir; dispuesto tienes por voluntad lo que sin pedírtelo me diste: llévatela.» (*De Tranquillitate animi*, XI, 3.)

3.^o Si el obrar humano no se inscribe en el mundo de la dialéctica, ni tampoco en el de la física, queda sólo una categoría en la que puede ser colocado: en el de la libertad. La moral tiene una sustantividad propia, es un mundo aparte que se sustenta en sí mismo y, lo que es más, sirve de apoyo a la misma dialéctica. ¿No es esto un prelude de las afirmaciones kantianas?

En una frase, un tanto atrevida, pudiéramos decir que en Séneca la ética crea la sabiduría y no viceversa; la sabiduría no es fundamento de la ética. De ahí una censura que Séneca hace tanto a profesores como alumnos de la filosofía cuando en la Ep. CVIII, 23, escribe:

«Ahora, en parte reside el mal en los maestros, que nos enseñan a discurrir, no a vivir, y reside en parte en los discípulos, que no acuden a los maestros con intención de cultivar su alma, sino su ingenio. Así que lo que fue filosofía se ha tornado filología.»

Lo que vale es el hombre, y este valor en sí reclama, exige por sí mismo, una conducta, una autenticidad, y éste será el fundamento de esta moral autónoma senequista¹⁶.

4.^o Ahora bien, esta moral, este modo de ser humano, distinto de la dialéctica y de la física, implica dos postulados dignos de consideración:

I. *La libertad.*

II. *La norma que rija los actos de esta libertad.*

I. *La libertad.*—Sabido es que para el estoicismo la libertad como tal no existe. Es verdad que los estoicos hablan mucho de la libertad. Pero su contenido se reduce al concepto de «liberación». Ser libre es estar desligado, independiente de todo lo que no sea la pura e irreformable ley del cosmos, del logos. Su fatalismo es patente en todo. Al hombre le queda la sumisión ontológica. Dejarse dominar del temor, del dolor, del placer, contra esa sumisión ontológica a la naturaleza es perder la libertad.

Pero Séneca, bajo tantos aspectos alejado de la escuela, tan apasionado defensor de la personalidad humana, no se ajusta tampoco aquí a la dogmática del estoicismo.

Su idea de la libertad es mucho más rica.

¹⁵ *Homo, res sacra homini*, Ep. XCV, 33.

¹⁶ Cfr. M. GENTILE, *Ética e metafísica nel pensiero di Seneca*, en «Rivista di filosofia neoscolastica», 1931, p. 479.

a) Acepta, desde luego, su sentido de *liberación*, como lo habían defendido Platón, Plotino y como lo puede defender cualquier pensador actual. Liberarse de todo lo que, al exterior o en el interior de cada uno, pueda forzar la libre decisión de nuestra voluntad, es el primer elemento, una *conditio sine qua non* de nuestra libertad.

El estoicismo hacía de esto la esencia de la libertad, y por eso la *imperturbabilidad* ante los acontecimientos externos y la *imperturbabilidad* o equilibrio pasional constituía la esencia de la libertad.

b) Pero para Séneca la libertad es además «*dominio de los propios actos*», en función de su propia razón, que ilumina el camino de la virtud. Expresamente lo indica en las *Quaestiones naturales* cuando, después de plantearse el arduo problema del «*fatum* y la libertad», y dejando en suspenso la solución hasta otro lugar, escribe: «Diré [allí] cómo, permaneciendo el *fatum*, hay algo que queda al arbitrio del hombre.»

Más aún: la rebeldía contra la *fortuna* es frecuente en Séneca, y la afirmación de que la libertad puede hacerle frente es exclusiva suya: «*Fortuna fortes metuit, ignavos premit*» («La fortuna teme a los fuertes y acosa a los cobardes») ¹⁷. Y esta otra frase en la que dice: «¿Pensaré yo que en aquel que vive lo puede todo la fortuna, y no que en el que sabe morir la fortuna no puede nada?» ¹⁸

Hay, pues, algo en que la libertad, el hombre, puede contra la fortuna. La elección suprema del momento de morir.

c) Tiene aún otro sentido la libertad en Séneca: es la *disposición del ánimo* frente a la fortuna.

El hombre, inmerso en el cosmos y participando de las condiciones físicas de él, está sometido a sus leyes: los fenómenos cósmicos, las enfermedades, las pasiones y, sobre todo, el hecho de la muerte, se le imponen como leyes físicas ante las cuales no cabe hurtar el bulto. Enfrentarse con esa ley de nuestra naturaleza es absurdo. Lo cuerdo es darse cuenta de nuestra condición y aceptarnos como somos. *Es la aceptación libre, incluso amorosa, de la ley.*

Y es que Séneca, en el fondo, ha roto con la idea fundamental, materialista y panteísta de la realidad y, sobre todo, del hombre.

Para Séneca, el hombre es un ser *dual* ¹⁹, un enigma que él no sabe descifrar con razones lógicas, pero que todas sus vivencias confirman. En el hombre hay un alma; algo sagrado, divino, que como tal tiende hacia lo honesto por propia iniciativa. «Al ánimo sagrado, pariente de los dioses, llaman hacia arriba sus orígenes» (*Sursum illum vocant initia sua*). Y al propio tiempo hay algo material y somático que está sometido a ley de la materia. Quizás la expresión definitiva de este pensamiento, que para mí es fundamental si se ha de dar una explicación de tantas expresiones contradictorias de Séneca, esté en ese texto de libro *De Benefitiis*. Dice así:

¹⁷ *Medea*, v. 159.

¹⁸ Ep. LXX, 7.

¹⁹ Esta *dualidad* de que habla Séneca no puede confundirse, ni en su vida ni en su doctrina, con *duplicidad*. Cfr. ТИТОН, G., *Sénèque et le XX^{ème} siècle*, en «Actas del Congreso Internacional de Filosofía», Córdoba, 1965, p. 15.

«Yerra muy mucho el que juzga que la esclavitud afecta al hombre integralmente. La parte mejor de él está exenta; los cuerpos están sujetos al mando y al palo de sus señores, pero el alma es dueña de sí misma, la cual hasta tal punto queda libre y suelta que ni aun la cárcel del cuerpo que la encierra puede detenerla para que pueda dejar de usar de su brío y remueva proyectos grandiosos y se abalance al infinito en compañía de los seres celestiales. Así que sólo el cuerpo es lo que la fortuna entregó al señor; él compra, vende el cuerpo; la parte interior no puede ser cedida en propiedad. Todo lo que de ella procede es libre; porque ni nosotros podríamos mandarle toda cosa ni los esclavos están obligados a obedecer en todo; no obedecerán los mandatos que fueren en perjuicio de la república ni prestarán sus manos para la comisión de ningún delito.»²⁰

Hay algo en el hombre que se escapa a todas las presiones del mundo y a todos los reveses de la fortuna. Algo que nadie ni nada puede arrebatarse al hombre. Recordemos, de una vez para siempre, la respuesta de Medea a la insinuación de la nodriza: «Nada te queda de tus grandes recursos.» «Queda Medea.»²¹

Este dualismo hace de la vida humana una lucha constante, algo agónico de lo cual el hombre no puede liberarse. Su dignidad humana, su valor sagrado, le exigen una conducta humana, noble y honesta. Su condición de ser material y biológico e inscrito en el cosmos le solicitan al mal. El ideal del hombre es la virtud, es lo honesto, por razón de sí mismo, por el valor que significa para el hombre vivir como hombre. Pero ¿dónde está el camino de la virtud? ¿Cuál es su norma?

II. Aquí nos encontramos nuevamente con algo que si no es original es, a lo menos, muy peculiar en Séneca.

Sócrates, Platón, Aristóteles han puesto la norma en la razón, en la sabiduría, en la prudencia, más concretamente. Libre el hombre, debe obrar de acuerdo con la *frónesis*, con los principios de la prudencia.

Los estoicos, por otra parte, habían dejado todo a la sabiduría, pero confundida con el logos universal. Nada quedaba al hombre más que dejarse llevar.

Séneca, al que los principios teóricos no convencen como normas de vida, ni la ciega sumisión cosmológica de la escuela tampoco, encuentra la solución en la espontánea tendencia del «ánimo» hacia lo honesto, que naturalmente se manifiesta en los mejores, en el sabio, y pone como virtudes fundamentales no la prudencia ni la ciencia como presión dada a *natura*, «*ut pondus naturae*», sino en la fortaleza y la templanza, es decir, en la lucha que nos hace vencer los obstáculos que se oponen a que el hombre se realice a sí mismo como hombre.

A mi entender aquí está la clave del senequismo.

De una parte, la inclinación natural del hombre, hecha patente en el sabio, es hacia lo honesto. No hacen falta normas teóricas. Es la vida del sabio la mejor norma, la norma vital. «Lo que necesita el hombre para hacerse bueno es *dominar el placer* y

²⁰ *De Ben.*, lib. III, 20.

²¹ *Medea*, acto II, vs. 165 y 166.

ser fuerte contra todo lo que le desvíe de obrar como hombre. Fortaleza y templanza pasan a ser así las virtudes esenciales del sabio. El *abstine et sustine* de los estoicos, pero dejando libre el camino a la «libertad como dominio».

Y puesto que estas virtudes le colocan en la plenitud de sí mismo, nada más alto y elevado que la virtud. Toda la obra de Séneca es un canto a la virtud. Porque la virtud es tan alto bien que ningún otro podemos desear ni esperar sobre ella. Ella constituye la felicidad o, al menos, va entrañablemente unido a ella. La virtud no es sólo camino para la felicidad. Es camino y fin a la vez:

«Yerras, pues, cuando me preguntas qué sea aquello por lo que busco la virtud, puesto que pides alguna cosa que está por encima del sumo bien.» «Me preguntas qué es lo que pido de la virtud. La virtud misma. Ninguna otra cosa existe mejor. Ella es el mejor precio de sí misma.» «Hay personas que practican la honestidad con vistas a la recompensa y no les agrada aquella de la que no esperan gratificación, siendo cierto que ninguna grandeza tendría la virtud si fuese venal.»²²

5.º Pero *¿cuál es el criterio de lo bueno, de lo moral?* Séneca responde: «Por la total contemplación de la verdad, observando en los negocios orden, moderación, decencia, voluntad inocente, dócil a los dictámenes de la razón... Tal está bien que sea el sabio, cual dice bien a Dios.»

Pero la contemplación de que aquí habla Séneca no es —lo hemos visto a toda hora— la ciencia moral ni la razón de que habla es la razón teórica, que poco sirve para dirigir la conducta humana. Es la razón práctica, la recta estimación de las cosas, como la que tiene el sabio; en una palabra, *la autenticidad*.

De ahí que el sabio, el hombre auténtico, viene a ser para Séneca el paradigma de la conducta humana.

«La dignidad humana —escribe García-Borrón—, tal como Séneca la entiende, no radica, pues, en nada anterior al hombre mismo, sino en la propia personalidad de éste, y ella es el criterio de moralidad. La importancia capital, y no derivada, del hombre individuo es incuestionable. Vivir haciendo honor a esa capital importancia debería ser la máxima gloria, el orgullo máximo del individuo. Este es, en efecto, el ideal humano a que Séneca otorga su admiración: «el hombre incorrupto e insuperable, admirador tan sólo de sí mismo, seguro de ánimo, presto a todo, artífice de su vida.»²³

6.º *¿Y cuál es el ideal que Séneca se ha hecho del sabio?*—Séneca no estudia las virtudes en abstracto. La virtud se da en el hombre. Sus obras acuden constantemente a la vida de las grandes figuras de la Historia. Quizás ninguna de ellas las realiza todas. Pero él va espigando sus virtudes reales y las va colocando en el *sabio*, como si fuera poniendo adornos en un maniquí.

La primera y fundamental es *la interioridad*. El sabio no vive de las apariencias. Vive su vida en profundidad: «*In interiorem naturae sinum venit.*»

²² *De Ben*, lib. IV, 1.

²³ *Ob. cit.*, p. 119.

Y después de ésta todo el ideal virtuoso se encierra en las dos virtudes antes señaladas: *fortaleza* y *templanza*.

El sabio no es *insensible*. La «apatía» absoluta ni es posible ni es humana en el pensamiento de Séneca. Contra la dogmática estoica, el hombre no es insensible, experimenta las pasiones, el dolor, las sacudidas del medio en que vive; pero sabe sobreponerse a ellas sometiéndolas a la razón. Nunca se deja dominar por la ira, ni el odio, ni la envidia. Si no puede vivir sin el cuerpo procura no vivir para el cuerpo. No apega su corazón a las riquezas ni se altera cuando las pierde. Afronta con dignidad los peligros y lucha. Su vida es un esfuerzo heroico para no dejarse doblegar por las adversidades ni dejarse vencer por la fortuna. Los males o son pequeños, y entonces nosotros podemos con ellos, o son grandes, y entonces pronto acaban con nosotros. En cualquier caso el sabio debe mantener una actitud imperturbable, mantenerse por encima de los acontecimientos, como si viviera *más allá de la luna*, parece decir Séneca: «*Talis est sapientis animus, quavis mundi status superluna. Semper illic serenum est.*»

La fortaleza tiene por objeto superar los grandes males. El mayor de todos es la muerte. En una moral en que la fortaleza es la virtud por excelencia, el problema de la muerte tenía que tener un lugar privilegiado. Séneca se enfrenta con el problema con muchísima frecuencia, como en general el estoicismo. Toda la escuela considera el suicidio como una salida posible ante el dolor o la adversidad. Pero mientras los otros estoicos predicán su posibilidad como resignación y última solución del vencido, Séneca se mantiene erguido aun aquí. El suicidio no es lícito como una solución al dolor; al cansancio, al tedio, a la náusea de la vida. Para Séneca es la solución de una situación en que la fidelidad a sí mismo se pone a prueba y antes de rendirse a la deshonestidad, al mal, le queda al hombre ese supremo acto de libertad y de vencimiento de la fortuna: el suicidio, en el que el sabio sucumbe sin pedir clemencia, como el gladiador que cae ante la espada de su vencedor.

Siendo la muerte la suprema prueba de la fortaleza, es en ella donde realmente se prueba la virtud del sabio. Ella es el talismán para ver el temple humano del hombre virtuoso.

«*Quidquid facies, respice ad mortem.*» Y toda la vida del sabio no es, no debe ser otra cosa que una «*mediatio mortis*».

«El que temiere la muerte no hará nunca hazaña de varón vivo; mas el que supiere que en el instante mismo de su concepción capituló, esta sentencia vivirá conforme a lo capitulado y, juntamente con la gallardía de ánimo, procurará que ninguna cosa de las que en la vida suceden le sea repentina.»²⁴

Y aún trata de dar razones para ello:

«Las cosas ciertas no se temen, se esperan. Se temen las inciertas. Pero la muerte viene como una necesidad invicta e ineludible. ¿Quién se quejará de estar en un trance del que nadie se libra?»

²⁴ *De Tran.*, XI, 3.

7.^o *Completando esta panorámica de la moral senequista, digamos unas palabras de su moral social y política*²⁵.—Séneca, como todos los estoicos, se considera ciudadano del mundo. Todos los hombres son iguales por su origen y todos llamados a una sociedad común. La única distinción es lo que proviene del trabajo, del ingenio, de la virtud. Si es verdad que Séneca no condena la esclavitud, la verdad es que sus principios acaban con ella. Y si la admite es porque, en realidad, aun el esclavo —como ya hemos visto— es libre en lo que hay en él de más elevado y en lo que puede ser más libre que su amo²⁶.

Pero junto a este universalismo el estoicismo en general defendía un tremendo individualismo, anclado en sus propios principios metafísicos. El sabio no debe preocuparse por el mal de los otros. Lo más sagrado es su paz interior. Bajo este aspecto su aburguesamiento era no sólo práctico, sino también teórico y calculado.

Sin embargo, también aquí Séneca sobrepasa la mentalidad de la escuela. Su antropocentrismo y su espiritualismo le hacen valorar mucho más la persona humana de lo que lo hacían sus maestros. Y este valor en sí de la persona humana, que fundamenta la moral individual, fundamenta, a su vez, la moral social. Su frase *Homo res sacra homini* pudiera servir de *slogan* para cualquier movimiento personalista de nuestra época. En ello no cabe diferencia. Caballero, liberto, esclavo..., todos igualmente hombres, igualmente respetables²⁷.

Por eso el amor social en Séneca no es simplemente en el logos, en la unidad panteística del estoicismo, sino *de hombre a hombre*.

Su *desigualdad radica sólo en la virtud*. Sólo la virtud es fruto del esfuerzo personal. Los altos cargos los da la fortuna.

«Piensa tú que éste, a quien llamas esclavo tuyo, nació de tu misma semilla, que goza del mismo cielo, que respira como tú y que vive igualmente como tú. Tanto puedes tú verle libre a él como él a ti verte esclavo.»

«Yerras si piensas que voy a rechazar a algunos de oficio más sordido, como son el acemilero y el vaquerizo; no les apreciaré por el oficio, sino por las costumbres. Las tareas las distribuye el azar. Crecen algunas contigo porque las mereces; algunos, porque lo merezcan, porque si de algún resabio servil los contaminó la convivencia con gente grosera, lo borrará el comercio con gente más noble...»²⁸

8.^o En lo que a la vida política se refiere²⁹, el problema fundamental estaba en la oportunidad de tomar parte en ella. Séneca se plantea expresamente el tema en el libro de *La vida retirada* y establece el dilema entre dos preceptos fundamentales: el

²⁵ Cfr. GREEVEN, *Das Hauptproblem der Sozial-Ethik in derneuren Stoa und in Urchristentum*, Gutersloh, 1935; ELORDUY, E., *Die Sozialphilosophie der Stoa*, Dietrich, Leipzig, 1936.

²⁶ Cfr. STAMPA BRAUM, JOSÉ M.^a, *Las ideas penales y criminológicas de L. A. Séneca*, Universidad de Valladolid, 1950.

²⁷ Véanse a este propósito las maravillosas epístolas XXXI y XLVII a Lucilio.

²⁸ Ep. XLVII.

²⁹ Cfr. WALTZ, R., *La vie politique de Sénèque*, Paris, Perrin, 1909.

de Epicuro, que dice: «No se allegará el sabio a los negocios públicos si no le forzare a ello alguna circunstancia»; y el de Zenón, que dice: «Se allegará el sabio a los negocios de la república si algún estorbo no se lo impidiere.» Séneca, analizando detenidamente las dos proposiciones, dice: «Ambas a dos conducen al apartamiento por principio; el otro, condicionalmente, pero esta condición es muy amplia.» Y Séneca hace ver cómo, si la república está corrompida, si está llena de males..., en definitiva busca al sabio la salida para que, en cualquier caso, prefiera la contemplación y la virtud con lo cual favorece a los otros y se favorece a sí mismo.

Quizás sea más interesante el análisis de las virtudes que exige el gobernante. La crítica ha desechado, y con razón, como apócrifa la tragedia *Octavia*, atribuida a Séneca³⁰. Pero el autor de esta tragedia —escrita diez o doce años después de la muerte de Séneca— no cabe duda que conocía bien el pensamiento de Séneca y de que intentó plasmarlo en ella hasta tal punto que pudiera identificarse con él. Su diálogo entre Nerón, el Prefecto y Séneca es de un valor de ética política extraordinario, que nos permitimos reproducir.

«NERÓN, PREFECTO, SÉNECA.

- NERÓN. Cumple lo mandado; envíame al sayón que descabece a Plauto y a Sila y me traiga cortadas sus cabezas.
- PREFEC. No demoraré la ejecución. Ahora mismo voy al campamento.
- SÉNECA. No parece bien tomar contra los deudos una decisión tan temeraria.
- NERÓN. Es harto fácil ser justo cuando el pecho está libre de miedo.
- SÉNECA. Contra el temor, el gran remedio es la clemencia.
- NERÓN. Aniquilar el enemigo es la mayor virtud del caudillo.
- SÉNECA. Pero lo es mucho mayor conservarla por el Padre de la Patria.
- NERÓN. Es a los niños a quienes conviene tener por preceptor un anciano bondadoso.
- SÉNECA. Mayor necesidad de gobierno tiene la fogosa adolescencia.
- NERÓN. A mi edad pienso que ya se tiene suficiente consejo.
- SÉNECA. Plegue al cielo que los dioses aprueben siempre tus actos.
- NERÓN. Necedad fuera que temiese a los dioses, yo que los hago.
- SÉNECA. Témelos tanto más cuanto que tu poder con el suyo se equipara.
- NERÓN. No hay cosa que no me la permita mi fortuna.
- SÉNECA. Fíate menos de sus complacencias, pues es diosa liviana.
- NERÓN. Cobarde es quien ignora cuánto puede.
- SÉNECA. Hacer lo que se debe, no lo que se puede: ésa es la gloria.
- NERÓN. El vulgo pisa a quien se postra.
- SÉNECA. Y aplasta al que se hace aborrecible.

³⁰ Cfr. PICHON, R., *Les travaux récents sur la chronologie des œuvres de Sénèque*, en «Journal des Savants», 1912, pp. 212-225; HERMANN, L., *Le théâtre de Sénèque*, «Les Belles Lettres», París, 1924, han estudiado ampliamente este tema.

NERÓN. La espada protege al príncipe.

SÉNECA. Pero el afecto, más.

NERÓN. Es bien que el César sea temido.

SÉNECA. Pero más que sea amado.

NERÓN. Es menester que se le tema.

SÉNECA. Toda coacción pesa mucho.

NERÓN. Obedézcanse mis órdenes.

SÉNECA. Dalas justas.

NERÓN. Decidirélas yo mismo.

SÉNECA. Tales que el asenso las ratifique.

NERÓN. La espada que desprecian las ratificará.

SÉNECA. ¡Afuera tamaña maldad!

NERÓN. ¿Acaso he de consentir más tiempo que se atente contra mi vida sin que tome venganza, para que a la postre se me derribe entre el general desprecio? No doblegaron sus destierros alejados ni a Plauto ni a Sila, cuya enconada furia arma ministros de maldad para la muerte mía.

Pues que, ausentes y todo, acompáñalos en nuestra urbe un entusiástico favor popular que alimenta las esperanzas de los desterrados, elimine la espada mis enemigos sospechosos: perezca mi esposa aborrecida y vaya en seguimiento de su caro hermano. Todo lo que está arriba, caiga.

SÉNECA. Hermoso es descollar entre los varones esclarecidos, velar por la salud de la patria, comedirse con los atribulados, abstenerse de sangre cruel, al enojo darle tiempo, dar reposo al mundo y dar paz a su siglo. Esta es colmada virtud; por esta vereda se camina al cielo. Así, aquel Augusto, primer Padre de la Patria, llegó a los astros y en los templos es adorado como un dios. Y con todo, largo tiempo la fortuna le trajo asendereado por tierra y mar, por las penosas vicisitudes de la guerra, hasta que consiguió sojuzgar a los enemigos de su padre. Mientras que a ti la fortuna incruenta te rindió su divino albedrío y con fácil mano te entregó las riendas del imperio y subordinó a tu antojo las tierras y los mares. La envidia tétrica, vencida por el piadoso asentimiento de todos, cejó en su empeño; enardecióse la adhesión de los senadores y los caballeros, y por los votos del pueblo y el juicio de los Padres eres autor de la paz y árbitro electo del linaje humano. Así gobiernas tu el mundo, ya serenado por la esperanza, como Padre de la Patria. Que conserves este nombre te pide Roma y te encomienda a sus ciudadanos.

NERÓN. Es un don del cielo el que me sirvan Roma y el Senado, al mismo tiempo que las plegarias y las palabras humildes que les inspira el miedo que me tienen. ¿Qué género de demencia es ésta de salvar a los ciudadanos peligrosos para el príncipe y la patria, verdaderas bombollas de insolencia, siendo así que puede con una sola palabra ordenar la muerte de quienes se sospecha? Bruto armó su mano para matar a quien le salvó; y el caudillo invicto en los combates, el vencedor de pueblos, el que con Júpiter se igualó por una constante progresión de honores, César, sucumbió a un

nefando crimen de los ciudadanos. ¡Cuánta sangre suya vio entonces Roma, despedazada tantas veces! Aquel que por su piadosa virtud fue merecedor del cielo, el divino Augusto. ¡Cuántos varones no mató, nobles, ancianos, mozos, por toda la faz del espacioso mundo, cuando medrosos de la muerte abandonaban sus penates y el hierro de los triunviros, inscritos en la tabla fatal, candidatos de la triste muerte! Con horror vieron los senadores expuestas en los rostros las cabezas de los proscritos degollados, y no les fue permitido llorar a los suyos ni gemir cuando la horrenda tabes estaba manchando el foro y cuando una podre maloliente rezumaban los rostros putrefactos. Ni acabó aquí la sangre y la matanza; por largo tiempo, los lúgubres campos de Filipos dieron pasto a la volatina y a la salvajina, y el mar Sículo tragó naves y héroes hartas veces heridos por sus propios familiares. Estremeció el mundo tremebundo choque de los jefes. El caudillo derrotado, en bajeles dispuestos para la huida, ganó el Nilo, donde harto pronto debía él perecer. Otra vez bebió la sangre de un general romano el incestuoso Egipto, que ocultaba ahora sus dos leves sombras. Allí la guerra civil, tan larga y tan impía, tuvo al fin su sepulcro. Allí, ya cansado el vencedor, envainó sus aceros mellados de tanto y de tan fiero herir y contuvo su imperio por el miedo. Seguro estuvo por las armas y la fidelidad de sus soldados; la eximia piedad de su hijo hizo de él un dios, consagrado después de la muerte, y se le dedicaron templos. También a mí me esperarán los astros si yo me anticipare con mi severa espada a todos cuantos me profesan odio y si fundare mi casa sobre una potestad digna de mí³¹.

SÉNECA. Llenará tu corte de una estirpe celestial la hija de un dios³², gala de la gente de los Claudios, a quien, como a Juno, cupo en suerte compartir el lecho de su hermano.

NERÓN. El adulterio de su madre quita crédito a su linaje, amén de que jamás su alma estuvo unida con la mía.

SÉNECA. En la ventura de los años la fidelidad no se manifiesta asaz clara porque el amor, vencido por el pudor, encubre su fuego.

NERÓN. Por cierto que eso mismo yo lo creí durante mucho tiempo, halagándome con esta ilusión, aun cuando señales inequívocas en su pecho insociable y en su rostro denunciases su odio contra mí; por fin, mi despecho ardiente decidió vengarse. Hallé a una esposa digna de mi tálamo por su linaje y por su belleza, ante quien Venus, vencida, cede, y ceden la esposa de Júpiter y la fiera diosa de las armas.

SÉNECA. Conténtese el marido con la probidad y la fidelidad de su cónyuge; con sus buenas costumbres, con su pudor; sólo son imperecederos y exentos de toda vicisitud los bienes del espíritu y del alma: la flor de la hermosura, hoja a hoja, se la lleva cada uno de los días.

³¹ Alusión clara de Nerón al hijo que Popea ya le prometía.

³² A saber, Octavia, hija del divino Claudio, tan atrozmente desdivinizado por Séneca en su Apocoloquintosis o transformación en calabaza.

- NERÓN. Todas las perfecciones reuniólas Dios en una mujer sola, y quisieron los hados que esta mujer, como es, naciese para mí.
- SÉNECA. Este amor se apartará de ti si tú no te retiras a tiempo.
- NERÓN. ¿El amor, tirano del cielo que el dios del rayo no puede apartar de sí; el amor, que amansa la braveza airada de los mares, invade los reinos de Plutón y obliga a bajar del cielo a los dioses soberanos?
- SÉNECA. La ilusión de los mortales finge que el amor volátil es un dios implacable; arma sus sagradas manos de arco y flechas, le provee de una cruel antorcha, créele nacido de Venus, engendrado de Vulcano; no, no; el amor no es eso; es una gran fuerza espiritual, es un calor suave del alma; es hijo de la juventud; amamántanlo la molicie, la ociosidad en medio de los alegres bienes de la fortuna; mas si desistes de calentarlo, de alimentarlo, decae, pierde sus fuerzas harto pronto y acaba por extinguirse.
- NERÓN. Yo pienso que la causa más pujante de la vida es él, es el amor, de quien el placer nace; exento está de morir, puesto que se procrea a la continua el humanal linaje, gracias a este blando amor que mitiga las fieras más feroces. Lleve este dios delante de mí las antorchas de mi himeneo, y caldeada en su fuego sagrado coloque en mi tálamo a Popea.
- SÉNECA. Harto trabajo será el tuyo por mantener esta unión que no consentirán ni la indignación ni la fidelidad del pueblo, ni aun la piedad santa.
- NERÓN. ¿Sólo a mí se me prohibirá lo que es lícito a todos?
- SÉNECA. El pueblo siempre exige más de quien está más encumbrado.
- NERÓN. Yo quiero hacer experiencia con mis quebradas fuerzas si destierran de su alma esta animadversión nacida tan a ciegas.
- SÉNECA. Cede tú más bien a los votos de todo tu pueblo.
- NERÓN. Mal anda el gobierno cuando el vulgo dirige a los caudillos.
- SÉNECA. Cuando nada puede conseguir, con razón se irrita.
- NERÓN. ¿Es razón sacar a la fuerza lo que los ruegos no consiguen?
- SÉNECA. Necio sería negarlo.
- NERÓN. Y es criminal coaccionar al príncipe.
- SÉNECA. Sea el príncipe quien afloie.
- NERÓN. La opinión le llamará vencido.
- SÉNECA. Liviana y vana es la opinión.
- NERÓN. Sin perjuicio de que tilde a muchos.
- SÉNECA. Teme las alturas.
- NERÓN. Pero no las censura menos.
- SÉNECA. Se le acalla fácilmente. Doblégunte los méritos de tu divino padre, la juventud de tu esposa, su probidad, su púdica reserva.
- NERÓN. Calla por fin, que ya me amohína tu insistencia; haga yo lo que Séneca reprueba. Además, demasiado tiempo ha que retardo los deseos del pueblo, cuando en su vientre lleva una prenda de mi afecto y una parte de mi mismo. ¿Por qué no señalamos día para el casamiento?»³³

³³ Ob. cit., Séneca, pp. 1145 y ss.

Justicia, respeto a la dignidad de los súbditos, magnanimidad, clemencia, amor de los suyos, son las grandes virtudes que Séneca señala al gobernante, que lo hacen amable a los suyos y semejantes a los dioses.

9.º Los escritos de Séneca están materialmente invadidos de frases lapidarias en el análisis y elogio de las más variadas virtudes. Recuérdese la lealtad, la gratitud, el señorío... No es sólo su estilo el que le ha hecho uno de los autores más citados y explotados de la historia. Es su contenido precioso y precisamente expuesto el que hace que no haya página en Séneca en la que no se sienta uno tentado a sacar su libreta de notas y anotar una sentencia útil para su saber y sobre todo para la vida.

10.º Hora es ya de que hagamos un poco de crítica de la moral en Séneca, al margen de sus propias palabras.

a) En primer lugar es necesario afirmar su *genial independencia*. Educado en la escuela estoica y en un medio estoico, Séneca mantiene su *genial independencia*. Su eclecticismo —haciendo uso del término de que tantas veces emplean los historiadores y comentaristas de Séneca— no es una componenda de ideas.

Para él es el fruto de su convicción de que ninguno ha dicho toda la verdad; que todos llevan algo de verdad, y que queda mucho terreno de conquista en el mundo de la verdad. Lee, recoge el fruto que han logrado los predecesores, lo somete a su crítica y, cuando estima que es válido, lo incorpora. Ese es su criterio teórico y práctico. «*Quidquid verum est, meum est*» (Ep. XII). «*Quidquid bene dictum est ab ullo, meum est*» (Ep. XVI).

b) Ni el contenido ni el modo dogmático de la doctrina estoica le satisfacen. Su espíritu, rabiosamente personalista, y las ansiedades de su espíritu encajan mal en el estoicismo. De ahí sus constantes violaciones de la doctrina estoica. Cuando piensa desde los parámetros ofrecidos por la filosofía estoica es indeciso, dubitativo, escéptico. Cuando habla él, cuando devela su propia individualidad, su alma es espiritualista, esperanzado, a veces sublime.

c) Su moral, hasta en sus más grandes caídas, como en la defensa del suicidio, es grandiosa y se eleva sobre todos los valores estoicos. El suicidio es valioso cuando es el último acto de la libertad, el último recurso del hombre honesto para mantener su integridad personal, el señorío.

d) Pero su ética, por carecer de una metafísica firme, es formalista y áptera. Séneca no tiene fe en la metafísica que le ofrece la escuela. Tampoco tiene arranque para crearla desde las alturas de una pura especulación. Crea su moral desde el hombre concreto y para el hombre concreto. ¿Cómo justificar la conducta, cuál es el sentido de la virtud, cómo se concilia libertad y necesidad, cuál es el más allá, la promesa de la virtud?, serán siempre cuestiones para las que en Séneca no encontraremos respuesta teórica, sino vacilaciones. Pero, a cambio, encontraremos manifestaciones exigencias de su intimidad, que su razón teórica no sabe cómo justificar. De ahí nace su carácter tan dramático, tan agónico en su doctrina como en su vida. Por eso, en contra de todas las directrices de la escuela, su moral no es «logocéntrica», sino antropocéntrica, con todas las ventajas y desventajas que esto lleve consigo.

e) Dada esta fundamentación psicológica y antropocéntrica, a la que le fuerza su carencia de metafísica, no creo que pueda hacerse una moral más auténtica, más

bella ni más bellamente expuesta. Su concepto de la dignidad humana, de su propio valor y hombría como criterio de moralidad, su imagen de *vir fortis*, su idea de las virtudes, no puede ser más excelso y acabado.

f) El hecho de fundamentar la moral en la fortaleza más que en la prudencia hace que su moral, a veces, *se presente como dura y hasta pedante*, recordando con excesivo acento a los maestros estoicos. Pero pronto aparece de nuevo su auténtico talante humano corrigiendo las tesis estoicas sobre la superación del dolor, sobre el valor del placer, sobre la clemencia y sobre el trato de los esclavos...

g) *Séneca es ante todo un maestro de educadores*. Su idea de la filosofía, de la ciencia en general, es ante todo educativa y salvífica, si vale la palabra, referida a la salvación humana y natural del hombre. Sus ideas sobre los maestros de la filosofía, ya expuestas algunas, y el trato —no general, sino individual de los alumnos— es, hoy aún, digno de que se leyera en nuestras aulas. «Ni existe tampoco razón para demostrar veneración especial al preceptor si me tuvo como uno cualquiera del rebaño de sus discípulos, si no me conceptuó digno de un cuidado peculiar y propio, si nunca me dedicó ninguna atención preferente y al echar al voleo sus conocimientos yo no los aprendí, sino que los cogí a la rebatiña.»

La verdad es que el éxito no coronó su obra. También a él, como tantas veces a nosotros hoy, la fortuna le negó el fruto de su siembra. Nunca Nerón hubiera encontrado en la Historia, fuera del Divino Maestro, un más cualificado preceptor. Pero difícilmente un preceptor hubiera encontrado un más avieso discípulo.

INDICE

	<u>Páginas</u>
ENRIQUE A. LLOBREGAT: Estado actual de los problemas de la arqueología de Palestina: Paleolítico y Calcolítico	3
A. RAMOS FOLQUÉS: Estratigrafía de La Alcudia de Elche	71
ENRIQUE GARCÍA SOLANA: Yacimientos arqueológicos de Munera (Albacete) y sus aledaños	77
AGUSTÍN UBIETO: La guerra en la Edad Media, según los fueros de la línea del Tajo	91
JUAN R. TORRES MORERA: Repoblación del Reino de Valencia después de la expulsión de los moriscos	121
JUAN REGLÁ: El bandolerismo en la Cataluña del barroco	149
MERCEDES VILANOVA RIBAS: España en Maragall	161
ANTONIO LÓPEZ GÓMEZ: Játiva: la ciudad y su huerta	167
FR. JOSÉ TODOLÍ, O. P.: La moral en Séneca	191